



CUERPO Y CAPITALISMO: EL TRABAJO DE LA VIOLENCIA Y EL MIEDO

Body and capitalism work of violence and fear

Fecha de recepción: 12-1-2015 Fecha de aceptación: 3-1-2016

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

(Monte Hermoso, 1967) es crítico literario, investigador y docente universitario (CONICET). Es egresado de la Carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, y completó su doctorado en Literatura Comparada en la Universidad de Princeton. Es el autor de *Un desierto para la nación. La escritura del vacío* (Eterna Cadencia, 2010), y el coeditor y traductor de *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* (Paidós, 2007). Su trabajo gira en torno a cruces entre literatura latinoamericana, teoría literaria e imaginación política.

Resumen: La violencia como condición del funcionamiento de un poder exasperado por el mercado es fundamentalmente una violencia continua sobre un cuerpo femenino. En el desierto del mercado que exploran novelas como *2666* de Roberto Bolaño o *Racimo* de Diego Zúñiga, la creación y reproducción del capital se confunde y entremezcla con el rol tradicionalmente femenino de la creación y reproducción de la vida.

Palabras clave: neoliberalismo, biopolítica, violencia de género

Hubo una época en que la literatura latinoamericana imaginaba mujeres que mataban. Josefina Ludmer reconstruyó ya hace varios años en *El cuerpo del delito* una serie de delitos ficticiales donde estudiantes universitarias, obreras, actrices, empleadas domésticas y guerrilleras, en diferentes coyunturas, mataban médicos, dictadores, patrones, policías, políticos corruptos y consumidores sin recibir castigo estatal. Son, decía Ludmer, pioneras saliéndose con la suya, fundadoras de cierta cultura femenina cuyo “delito” era el de abrirse paso, a fuerza de deseo, entre las diferencias sociales, nacionales, de sexo y de raza, inventando salidas allí donde no existían.

El mismo vitalismo se prolonga en nuestro siglo, pero si las mujeres de la literatura del siglo XX mataban, las mujeres de la literatura del siglo XXI, no menos intensas y explosivas, desaparecen y mueren en el aire ominoso de novelas saturadas de una violencia inminente y difusa que lo envuelve todo, donde se violan derechos y mujeres expuestas a lo que el mexicano Sergio

Abstract: *The continuing violence on a female body is the condition for the functioning of power -a powerexasperated by market economy. Two Latin American novels, Roberto Bolaño's 2666 or Diego Zúñiga's Racimo, among others, explore the desert of the market where the creation and reproduction of capital is merged with the traditionally female role of creation and reproduction of life.*

Key words: Neoliberalism - Biopolitics - Gender violence

González Rodríguez, a propósito de las ciento de jóvenes trabajadoras muertas de Ciudad Juárez, llamó “máquina femicida”, una máquina de guerra polimorfa y difusa, fuera del control del Estado, moviéndose como una manada de lobos por territorios abandonados a las fuerzas ruinosas de un capitalismo salvaje y agresivo. Donde hay mujeres que mueren -adolescentes sin futuro laboral, jóvenes precarizadas por trabajos informales, extranjeras ilegales-, hay crisis de la noción de ciudadanía, hay fronteras nacionales expuestas al terrorismo económico, hay cuerpos producidos como mero residuo o deshecho, blanco de una violencia causada por una actividad económica que la literatura, de *2666* de Roberto Bolaño (2003) y *Boca de lobo* de Sergio Chejfec (2000) a *Beya. Le viste la cara a Dios* de Gabriela Cabezón Cámara (2012), *Chicas muertas* de Selva Almada (2014) o, recientemente, *Racimo* de Diego Zúñiga (2015), ha venido percibiendo como violencia política mucho antes que otros discursos sociales. “Ella, y obrera...”, reza uno de los primeros frag-



mentos del discurso amoroso del narrador de *Boca de lobo*, la novela de Sergio Chejfec que ya en el año 2000 narra desde el punto de vista del victimario el acecho, la conquista, la violación y posterior abandono de una niña obrera, embarazada de un “futuro obrero” que sumaría sus fuerzas al trabajo colectivo. Opaco e inalcanzable, el cuerpo obrero y su poder de producir, gozar y dar vida irradia una “sobredosis de realidad” sobre la que se abalanza el narrador con la misma “hambre canina devoradora del trabajo excedente” que Marx le atribuía al “vampiro” capitalista clásico. De adorada y fascinante, la obrera se convierte súbita y brutalmente en víctima de una violación: un ser vulnerable y tembloroso aplastado sobre su cuerpo biológico como un animal débil y maltrato -condenada a vivir más que a morir en el campo de la vida natural de la especie, muy lejos del campo donde los obreros soñadores de otro siglo buscaban la emancipación.

De ese lugar de vida lastimada, de mera “carne calentita y plañidera”, Gabriela Cabezón Cámara redime a *Beya* (*Le viste la cara a Dios*), la novela de 2012 sobre una adolescente secuestrada por una red de prostitución que a fuerza de odio logra escapar de la muerte en vida que representa un prostíbulo mitad matadero, mitad campo de concentración. Lentamente, lo que se va gestando en el interior de *Beya*, el fruto de su vientre, será una venganza grandiosa que, sobre el final, encontrará a *Beya* vestida de sadomaso y con una ametralladora en la mano, encarnando una justicia divina.

LA PARTE DE LOS CRÍMENES, DE ROBERTO BOLAÑO

Con el eco de los femicidios de Ciudad de Juárez de fondo, el chileno Roberto Bolaño escribió en 2003 *La parte de los crímenes*, el centro inquietante de su novela póstuma 2666. Se trata de un relato policial trunco, tramado como un secreto, que deja más de cien asesinatos de mujeres sin resolver en el campo espectral de la indeterminación y la impunidad. Con un tono que desciende de los narradores de Rulfo, *La parte de los crímenes* tiene la forma de un goteo constante de informes forenses precisos e impersonales, purgados de emociones, que contabilizan de manera anestésica una serie ilimitada de cuerpos violados, mutilados, eviscerados y desgarrados a mordiscones de mujeres en su mayoría obreras que durante la década del 90 desaparecieron sin dejar rastros en una ciudad de frontera con los Estados Unidos. Con las calles mal iluminadas de Santa Teresa, sus

barrios obreros y villas miseria, sus terrenos baldíos y parques industriales, Bolaño reconstruyó una extensa escena del crimen montada por un poder ubicuo cuyo puño invisible se alza una y otra vez sobre el cuerpo expuesto de mujeres cuyos nombres e historias de vida, a pesar del policial y su repertorio de estrategias de reparación simbólica, no pueden inscribirse dentro de ningún relato de inclusión. Así, el secreto del mal al que apunta la novela está escondido a plena luz, entre las maquiladoras que se alzan como castillos góticos en medio del desierto de Sonora -núcleo reprimido de una economía criminal global que se alimenta de una población marginalizada y precarizada, atravesada de punta a punta por redes transnacionales de corrupción, narcotráfico y crimen organizado.

En el México de 2666, la sensación de desamparo y vulnerabilidad frente a un peligro invisible cayendo como una sombra sobre un territorio abandonado por el Estado no se disipa nunca. El asesino o los asesinos de mujeres, vagamente conectado con la figura ausente de un novelista alemán cuyas huellas se pierden en México, tiene la movilidad, la flexibilidad y la inmaterialidad de los flujos de capital y trabajo que libera la economía post-fordista. El principal sospechoso es un extranjero llamado Klaus Hass, un siniestro gigante alemán, alto, rubio y delgado que se dedica a la importación y exportación de partes de computadoras. Más tarde, ya entre rejas, vende teléfonos celulares dentro de la cárcel, en alianza con las bandas de narcos que gobiernan adentro y afuera de la prisión. Encarna el espectro de las fuerzas globales, que al igual que el asesino, son extraterritoriales y no están localizadas en ninguna parte. Su tienda de computación es un enclave de modernización, una boca de lobo que atrae a obreras incautas -no representadas ni protegidas sindicalmente- como a Estrella Ruiz Sandoval.

Estrella circulaba entre la explotación sufrida en la maquiladora y el mundo del poco tiempo “libre” que le queda entre un turno y otro, repartida entre salidas al cine con sus amigas y unos cursos de computación que se convierten en la pista más concreta de los asesinatos. Tenía diecisiete años, y no quería quedarse toda la vida trabajando en una maquiladora; tenía planes para el futuro, quería estudiar y dejar el mundo de las maquiladoras por el del trabajo “cognitivo” de las máquinas digitales.

La vida se multiplicaba alrededor de Estrella que, expuesta a formas de miseria y de precariedad, está trazando sobre lo real líneas de desujetamien-



to y de cambio que son, al mismo tiempo, una experimentación con la materialidad del cuerpo y los límites de la vida. “¿Para qué queremos un hombre si nosotras solas ya trabajamos y nos ganamos nuestro sueldo y somos independientes?” -declara una de sus amigas en un interrogatorio (586). Muere en agosto de 1995, “estrangulada y violada por los tres conductos” (577).

RACIMO, DE DIEGO ZÚÑIGA

Unos años después de publicada la novela de Bolaño, otro narrador chileno, Diego Zúñiga, se encontró en Iquique, una ciudad puerto en el extremo norte de Chile, cerca de la frontera con Bolivia y Perú, con otro de esos infiernos latinoamericanos abandonados por el estado al libre mercado, una zona franca atravesada por flujos globales de mercancías, imágenes y cuerpos en tránsito a través de rutas y fronteras desreguladas. Allí desaparecieron entre 1994 y 1999 diecisiete mujeres, en su mayoría niñas adolescentes, de camino a la escuela, en la bruma matinal del desierto de Atacama. En este sentido, *Racimo* es una de esas ficciones documentales que confunden la frontera entre la lógica de los hechos y la lógica de la ficción no porque la realidad sea una ficción, sino porque la novela y el relato de los hechos, más que buscar, encuentran inscritas en la misma realidad los trazos mediante los cuales un mundo histórico se muestra a sí mismo en el lenguaje mudo de las cosas. Rica en señales, *Racimo* comienza con una niña de pelo largo, con una mochila y un jumper, haciendo dedo al costado de la carretera. Se trata de una aparición fantasmal, una suerte de señal caminera iluminada fugazmente por los focos de un auto que la saca por un instante de la neblina de la madrugada. El que se detiene para llevarla es Alejandro Torres Leiva, el fotógrafo de un diario local recién llegado a Iquique que cruza manejando en medio de la noche un desierto desfamiliado por la irrupción súbita de ese cuerpo borroso, entre la vigilia y el sueño, al borde mismo de la presencia y del sentido. Corre el 11 de septiembre de 2001, Chile se apresta a conmemorar otro aniversario del golpe militar, las Torres Gemelas están por caer y Torres Leiva, que lleva inscripto en el nombre la catástrofe inminente, no sabe que la niña que levanta al costado de la ruta había desaparecido dos años antes y que, como los fantasmas que viven de volver, exige justicia.

Formado en la era de la imagen analógica, previa a la cámara digital, Torres Leiva recuerda al fotógrafo de *Blow up*, alguien que captura imágenes

que solo después de un tiempo, al ser reveladas en un cuarto oscuro, vuelven visible algo del orden del sentido bajo la forma de un residuo o un deshecho. Su tarea no es la interpretación, que queda a cargo de un cronista de una detective que buscan infructuosamente la verdad, sino el ciframiento, la contracción del sentido de la historia en imágenes iluminadas a medias, cargadas de ambigüedad e indeterminación. Más allá del acto sin sentido de un psicópata asesino, *Racimo* hace lo que su título dice: producir con los escombros de la historia agrupamientos de sentido, constelaciones giratorias de relatos anónimos de violencia y represión cargados de un sentido ominoso que la novela se abstiene de explicar. Así, se intuye que la desaparición de mujeres guarda alguna relación, aunque nunca se nos dice cuál, con los 29 obreros que en 1986 murieron en la explosión de una fábrica de bombas racimo para exportar a Irak (sin contar los obreros de los salitrales masacrados en la huelga de 1907); con la caída de las Torres Gemelas; con una hija que perdió Torres Leiva; con una virgen que llora sangre; con las tomas en los años 80 de los terrenos donde crecieron las niñas; con casillas de madera rodeadas de basurales; con la amenaza permanente de accidentes y catástrofes naturales -maremotos, terremotos, incendios-; con los desaparecidos de la dictadura; con el hecho de que Iquique cuente a Pinochet entre sus ciudadanos ilustres.

Pero si es la vida la que elabora su propio sentido, si las cosas y los hechos tienen un poder inherente de significación, ¿no hay en el hecho de ponerse en movimiento y hacer dedo una voluntad de cambiar de vida de chicas que no se resignan a que la vida fuera “eso y nada más”? ¿No hay allí un trazado activo de líneas de fuga de cuerpos nómadas que rechazan la miseria y su condición de víctimas, empezando con irse y soñar con otra vida?

LA MÁQUINA FEMICIDA

Irreconocibles, desfigurados, sin rastros de interioridad, los cadáveres de adolescentes y de mujeres obreras flotan insepultos en tierras baldías, en un espacio donde los mecanismos de reconocimiento que aseguran la pertenencia de una persona a una comunidad están quebrados, y ese quiebre, sostiene Gabriel Giorgi, es lo que los “retratos forensicos” de 2666 hacen visible (215). Son cuerpos que no coinciden con la persona, reducidos a materia despojada de cualquier rasgo de inscripción subjetiva, familiar, social o nacional. En continuidad con el campo del animal y de lo inorgánico, los restos de las obreras asesinadas



ocupan el centro de una política de producción de cadáveres que “hace de la destrucción de los cuerpos una de sus operaciones centrales, y de la administración del cadáver, una de sus tecnologías sistemáticas” (199).

Son los restos que produce a su paso la “máquina femicida” que el mexicano Sergio González Rodríguez reconstruye en su crónica *Huesos en el desierto* -una máquina de guerra desbocada y suicida, polimorfa y difusa, en transformación permanente, fuera del control del Estado, moviéndose como manadas de lobos por Ciudad Juárez, no muy lejos de la Santa Teresa de la novela de Bolaño. De hecho, Sergio González es uno de los personajes de 2666, un periodista cultural del DF enviado a Ciudad Juárez a investigar los crímenes. Después de todo, en el México neoliberal, “ser periodista cultural es lo mismo que ser periodista de policiales” (que no es muy diferente a ser periodista de economía) (Bolaño, 581). Arrojando los cuerpos de docenas de víctimas, la máquina femicida que desmonta González “deja las huellas de su crimen en calles, esquinas, barrios, parques industriales y específicas áreas urbanas y suburbanas... Sobre estos cuerpos se inscribieron mensajes, heridas, marcas, mutilaciones y tortura: prácticas que revelan un desplazamiento de la sociopatía a una psicopatía ilimitada, alimentada por carencias institucionales y los efectos de la impunidad. El impulso destructivo se vuelve automático” (13; la traducción es mía).

No habría que confundir entonces la naturaleza del sujeto con la del poder que lo deja desnudo e impotente. Se trata en todo caso de una desnudez impuesta, forzada, infligida por un poder de hacer vivir y dejar morir que crea y refuerza las condiciones de vulnerabilidad, inseguridad e indefensión en las que viven y desaparecen las obreras de Santa Teresa.

¿La vida es más potente que la desnudez? La violenta extensión del capitalismo a la totalidad de lo viviente, su acecho y explotación de la potencia de creación y transformación de los cuerpos, es una reacción a un deseo de vida previo al poder que busca capturarlos, asignarle lugares y conductos, regular su movimiento, detener su fuga. Son esos cuerpos con los que no deberían haber salido -les faltó decir, según Monsiváis, a los funcionarios judiciales, policías y autoridades religiosas del Estado que responsabilizaron a las víctimas de los crímenes por usar ropa provocadora y mostrar cuerpos sensuales. Se trata de un deseo que no puede ser reprimido, un exceso de vida y de afectos que salta por encima de las identificaciones que sujetan un cuerpo a un rol. Al temor de morir, las operarias, camareras, enfermeras, prostitutas y estudiantes de Santa Teresa oponen una “pura voluntad, pura explosión, puro deseo de placer” (Bolaño, 740) de cuerpos nómadas e itinerantes, difíciles de sedentarizar como fuerza de trabajo, en éxodo respecto del rol tradicional de la mujer.

BIBLIOGRAFIA

- Agamben, Giorgio: “¿Qué es un dispositivo?”. *Sociológica*, Año 26, Nro. 73, (mayo-agosto de 2011), pp. 249-264.
- Bolaño, Roberto: *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004.
- Giorgi, Gabriel: *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia: 2014.
- González Rodríguez, Sergio: *The Femicide Machine*. Trans. by Michael Oarker-Stainback. Los Angeles: Semiotext(e), 2007. [*Huesos en el desierto*. Barcelona: Anagrama, 2002].
- Ludmer, Josefina: *El cuerpo del delito*. Bs As: Perfil, 1999.
- Marx, Karl: “La jornada de trabajo”. *El Capital. Volumen Uno*. Trad. Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Monsiváis, Carlos: “El femicida y la conversión de Ciudad Juárez en territorio de la impunidad,” specialissue of *Metapolítica. Las muertas de Juárez*. Ed. por Sergio González Rodríguez (Fuera de Serie/2003).
- Zúñiga, Diego: *Racimo*. Barcelona: Random House, 2015.

